



MISCEL·LÀNIA

El París de Napoleón Bonaparte¹

Esteban Canales Gili (Universitat Autònoma de Barcelona)

Resum / Resumen / Abstract

Paraules clau / Palabras clave / Key Words

Vamos a viajar al París de hace doscientos años, con la intención de familiarizarnos con los rasgos de aquella ciudad y conocer el sentido de sus transformaciones para poder ir mejor equipados a visitar el París actual, pues toda ciudad con un largo pasado es una especie de palimpsesto en el que sucesivas épocas han ido dejando sus huellas, parcialmente borradas por aportaciones posteriores. En el caso de París, dos de los momentos particularmente importantes de este rehacerse de la ciudad han tenido lugar en el siglo XIX y están a la vista de quienes la visitan a comienzos del siglo XXI: el de la capitalidad del imperio napoleónico, un momento intenso pero corto y, por tanto, inacabado como proyecto, del que nos ocuparemos a continuación, y el del Segundo Imperio, cuando se desvientra y desencorseta la ciudad para, de acuerdo con el plan del urbanista Haussmann, crear los modernos bulevares y trazar las calles regulares que permiten higienizar el viejo casco urbano pero también hacerlo permeable a la acción policial y, como denuncia Zola en *La jauría*, desencadenar una formidable oleada especulativa, que en nada desmerece de la que recientemente hemos padecido en nuestro territorio. Como historiadores, sabemos que los cambios urbanos responden a razones complejas, que en cada caso hemos de intentar desentrañar. También la mirada del historiador ha de procurar ver, a través de la imagen que presenta la ciudad actual, cuáles son las diferencias y continuidades con las sucesivas capas del pasado, situar en el mapa de la ciudad los acontecimientos históricos de una época determinada y preguntarse por los motivos de la desaparición, permanencia o modificación del paisaje urbano y por el valor simbólico que, a lo largo del tiempo, han ido adquiriendo los hitos arquitectónicos subsistentes. Espero que esta breve intervención dedicada al París que transcurre entre el final de la Revolución y la caída del Imperio napoleónico sirva de ayuda a todo ello.



5

¹ Este texto fue escrito para el ciclo de conferencias que, con el título general de “Imatges de París”, tuvo lugar los días 6 y 7 de mayo de 2008 en la UAB, organizado por el Departament d’Història Moderna i Contemporània

El París en el que el joven Napoleón Bonaparte comienza a descollar en su carrera militar es la mayor ciudad de la cristiandad después de Londres: unos 550.000 habitantes pueblan sus calles (1801), a juzgar por los censos en torno a cien mil menos que antes de iniciarse la Revolución, debido a la emigración causada por las circunstancias políticas y económicas y a la incorporación al ejército de voluntarios y conscriptos. De todas formas, es una ciudad de dimensiones físicas notables, que precisa de bastante más de una hora a pie para atravesarla. El perímetro amurallado que tiempo atrás la rodeaba con funciones defensivas ha desaparecido y, más allá de la antigua muralla, se ha erigido recientemente un nuevo muro (el *mur des fermiers généraux*, 1785-88), con finalidad fiscal, que controla a través de 60 puertas de carácter monumental –propileos– abiertas a lo largo de su perímetro de 24 kms la entrada de las mercancías sujetas a impuestos sobre el consumo (los *octrois*). La Revolución derribó parte de las puertas y acabó con los impuestos sobre el consumo (1791), pero éstos fueron restablecidos a partir de 1798 y para la demolición del muro hubo que esperar a 1860. El *Petit Atlas pittoresque* publicado en 1835 por A.M. Perrot permite ver todavía su trazado y las puertas abiertas en él. El París del final del siglo XVIII es una ciudad en la que están visibles las huellas de la reciente Revolución: cambio de nomenclatura de calles y plazas (1792), destrucción de estatuas y otros símbolos de la realeza, desaparición o reconversión de conventos e iglesias, demolición de la Bastilla, la odiada prisión del Antiguo Régimen arrasada en 1789, abandono de palacetes antaño propiedad de la nobleza emigrada. Es también un mundo abigarrado, densamente poblado en sus áreas centrales, en el que conviven viviendas, comercios, industrias y, de modo todavía muy incipiente, fábricas, con una creciente división entre los barrios del oeste (Saint-Honoré, Saint-Germain), más acomodados, y los orientales, habitados por gente de condición humilde y con fama de radicalismo revolucionario (Saint-Antoine, Saint-Marcel), una segregación residencial que se acentuaría con el tiempo, aunque todavía predominaba la estratificación horizontal, con los pobres viviendo en los pisos más altos de los edificios². Probablemente son mayoría los inmigrantes, llegados a la ciudad sobre todo de las áreas cercanas. Una parte importante de la población laboral está compuesta por maestros propietarios de talleres con personal empleado en ellos, pequeños productores independientes, asalariados de diversas categorías vinculados a la industria artesanal, mujeres ocupadas principalmente en diversas actividades de costura y confección en su propio hogar o en talleres artesanales y trabajadores de fábricas, aunque estos últimos de momento representaban una parte menor dentro del mundo laboral urbano.

6

A excepción de los bulevares construidos por Luis XIV sobre el antiguo recinto fortificado, reconocibles todavía en el trazado urbano actual en la orilla derecha del Sena (de la Madeleine a la Bastille) y alguna vía aislada del centro como la rue de Grenelle, calles estrechas, sin aceras, sinuosas y sucias componen la mayoría de sus barrios, lo que reduce las áreas de paseo a los mencionados bulevares y los jardines públicos. La mayoría de estos últimos eran antiguas propiedades de la Corona, de las comunidades religiosas o de particulares y estaban abiertos a la población desde antes de la Revolución: Tullerías, Palais-Royal, Luxemburgo y Jardin des Plantes. El Palais-Royal, construido para el cardenal Richelieu en 1639, pertenecía en vísperas de la Revolución al duque de Orléans, quien para revalorizarlo rodeó desde 1781 el jardín central con unas galerías en las que se instalaron cafés, heladerías, restaurantes y tiendas de lujo que atraían a un público elegante, pero también eran por la noche uno de los

² Victoria E. Thompson, "Telling 'Spatial Stories': Urban space and bourgeois identity in early nineteenth-century Paris", *Journal of Modern History*, 75 (2003), pp. 523-556, 529.

centros de la considerable prostitución de París, sobre todo cuando a partir de 1791 ésta se convirtió en una actividad legal. El palacio fue sede del Tribunado desde su creación hasta 1807, cuando Napoleón suprimió este órgano legislativo porque no era suficientemente dócil. La ciudad carece de un alcantarillado eficaz, por lo que por el centro de muchas calles, sin pavimentar, fluye o se estanca un riachuelo pestilente. Por eso atravesar una calle puede suponer, sobre todo cuando llueve, una pequeña aventura, que se ve facilitada por la existencia de tablas de madera puestas a disposición de los viandantes por avispados mendigos que cobran un módico peaje a sus conciudadanos por el servicio, o por portadores que cargan sobre sus espaldas la persona con la que cruzar la calle, una estampa recogida por escritores y pintores que, como Louis-Léopold Boilly, nos han legado con sus obras una crónica social de la época³. Tampoco existe un servicio organizado de recogida de basuras, pese a las disposiciones en vigor desde el siglo XVII. La iluminación es pobre: las seis mil lámparas de aceite con reflector plateado, que habían sustituido a los antiguos faroles con vela a finales de la década de 1760 no siempre estaban encendidos o funcionaban correctamente⁴. Comparada con el Londres de su época, cualquier cosa menos un dechado de limpieza y salubridad, París es una ciudad caótica, con un tráfico imposible para sus estrechas calles –el número de carruajes, en espectacular aumento, se situaba en 1789 en torno a los 22.000⁵– y carente de algunas de las más elementales medidas de higiene y ordenamiento urbano: aparte del congestionado e insuficiente mercado central de Les Halles, apenas si tiene mercados desde los que distribuir alimentos y otros suministros a la ciudad, por lo que las calles se encuentran invadidas por puestos de venta ambulantes; tampoco dispone de instalaciones apropiadas para el sacrificio de los animales destinados al consumo urbano; el aprovisionamiento de agua es azaroso, con pocas fuentes de las que mane el líquido extraído mediante bombeo del río, por lo que los parisinos han de ir a buscar directamente el agua al Sena, contaminado por los detritus urbanos e industriales, obtenerla de pozos o comprarla a aguadores. La ciudad se extiende a lo largo y ancho de ambas orillas del río y por el interior de los dos islotes centrales (La Cité y Saint Louis), pero, salvo los puentes que conectan estos islotes con ambas orillas, como el Pont Neuf, el más antiguo de los subsistentes, solamente existen dos puentes que cruzan por completo el Sena: el pont Royal, construido en el siglo XVII, y el de la Concorde, finalizado en 1792.

Algunos escenarios parisinos están vinculados a la carrera que habría de llevar a Bonaparte al poder. Es el caso de la calle de Saint-Honoré, a la altura de la iglesia de Saint-Roch, donde un entonces joven general Bonaparte dirigió la sangrienta represión contra la insurrección realista en la jornada del 13 vendimiario del año IV (5-9-1795). Y sobre todo de los lugares relacionados con el golpe de estado del 18 Brumario (9-11-1799), que implantó el Consulado con Napoleón como Primer cónsul: el castillo de Saint-Cloud, a diez kilómetros al sureste de la capital, lugar al que los conjurados habían conseguido trasladar las dos Asambleas, la de los Ancianos y la de los Quinientos, pretextando velar por la seguridad de sus integrantes, y la sala del mismo castillo en la que el Consejo de los Quinientos se resistió a ceder el poder a pesar de los esfuerzos de su presidente, Luciano, hermano de Napoleón, por lo que éste acabó interviniendo y disolviendo por la fuerza a los diputados allí reunidos. El citado castillo

³ John Stephen Hallam, “The two manners of Louis-Léopold Boilly and French genre painting in transition”, *The Art Bulletin*, vol. 63, 4 (1981), pp. 618-633.

⁴ Pierre Lavedan, *Nouvelle histoire de Paris. Histoire de l'Urbanisme à Paris*, París, Hachette, 1975, pp. 282-284.

⁵ David Garrioch, *Making of Revolutionary Paris*, Ewing, University of California Press, 2002, p. 221.



de Saint-Cloud sería posteriormente escenario de la coronación de Napoleón como emperador (mayo de 1804), aunque la ceremonia solemne tendría lugar meses más tarde (diciembre de 1804) en la catedral de Notre Dame, en presencia del Papa Pío VII. Saint-Cloud fue, desde 1801, residencia oficial del poder consular e imperial y allí posteriormente Napoleón contrajo matrimonio civil con María Luisa y en 1815 se firmó la capitulación de París, que puso final al Imperio. En 1870, durante la guerra francoprusiana, resultó destruido por un incendio. Napoleón había alternado su residencia allí con la estancia en las Tullerías, palacio que cerraba el lado occidental de la gran plaza del Carrousel y que albergó sucesivamente a los monarcas franceses, a las asambleas revolucionarias y a uno de los órganos de poder del Directorio, el Consejo de los Quinientos, y que volvería a ser residencia real e imperial hasta acabar también arruinado por un incendio, en este caso durante la insurrección de la Comuna (1871). Ambos edificios han desaparecido del paisaje urbano de París. Otro escenario de la vida de Bonaparte, menos amable, es el de la ya desaparecida calle Saint-Nicaise, donde el entonces Primer Cónsul fue víctima de un atentado cuando se dirigía a asistir a una representación en la Ópera (24-12-1800). La explosión, que causó varias víctimas mortales pero no llegó a herir a Bonaparte ni a su esposa Josefina, se atribuyó inicialmente a los jacobinos, lo que sirvió de pretexto para desencadenar la represión sobre los medios izquierdistas, aunque posteriormente se averiguase que el acto había sido cometido por la oposición realista.

Desde el advenimiento del nuevo régimen en 1799, la actuación napoleónica sobre la capital se desarrolló sobre varios ejes: asegurar un más estrecho control de París a través de instituciones homogéneas y subordinadas al poder central, ordenar el funcionamiento de la ciudad y mejorar su salubridad mediante un conjunto de disposiciones y obras de saneamiento y planificación urbana, dotarla del carácter monumental digno de la capital del Imperio, monumentalidad a través de la cual expresar el poder y la gloria del régimen napoleónico y exaltar la figura de su máximo dirigente, y ofrecer mediante las obras públicas trabajo a los desempleados que en ella vivían. París mantuvo la división administrativa heredada de la Revolución (12 distritos y 48 barrios) y reforzó los poderes de sus autoridades máximas (el prefecto civil del departamento del Sena y el prefecto de policía de la ciudad), ambas designadas por el Cónsul y luego Emperador y dependientes de él. Pero no hubo, a diferencia de lo ocurrido medio siglo después en el Segundo Imperio, un plan de actuación global sobre la ciudad, ni tampoco Napoleón alentó, como Hitler, sueños de la desmesura de los proyectados por Albert Speer. Su arquitecto principal, Fontaine, distó de gozar de la influencia que tuvo su equivalente en el régimen nazi. La legislación sobre expropiaciones por razones de utilidad pública (16-9-1807) estaba pensada para intervenciones puntuales, principalmente destinadas a la creación de espacios donde desarrollar monumentos, y facilitó a los propietarios resquicios para defender sus intereses⁶. Además, el régimen no contó con tiempo suficiente para dejar una impronta mayor y parte de las edificaciones arquitectónicas u ornamentales más emblemáticas, por lo general de carácter conmemorativo, quedaron inconclusas o no pasaron de la fase de proyecto. Así ocurrió con el plan de conversión de la inacabada iglesia de la *Madeleine*, cuya construcción se había iniciado en el reinado de Luis XV, en un moderno Partenón francés, el Templo de la Gloria, dedicado a honrar a los ejércitos franceses, que llevaría grabados en sus muros interiores los nombres de los combatientes en las victorias napoleónicas. Las obras, iniciadas en 1808, avanzaron

⁶ Igor Moullier, "Police et politique de la ville sous Napoléon", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 2 (2007), pp. 117-139, 127.

lentamente y finalmente la idea se abandonó (1812) a favor de la inicial de construir una iglesia, que en la Restauración se concibió como templo expiatorio en memoria de los Borbones guillotinado por la Revolución (1816). Pero la nueva monarquía surgida de la revolución de 1830 no compartió este planteamiento y la iglesia de la Madeleine, desprovista ya de connotaciones políticas, se concluyó en 1842. Su valor simbólico no acaba aquí: el 2 de diciembre del 2004 se celebró en ella la misa conmemorativa del bicentenario de la consagración de Napoleón como Emperador. Otra de las obras de prestigio que el régimen inició pero que no pudo finalizar fue la Bolsa, iniciada en 1808 sobre el espacio ocupado por un antiguo convento y acabada durante la Restauración (1826), en el estilo neoclásico característico de la arquitectura imperial, al igual que la Madeleine con aspecto de templo griego y rodeada de columnata. Asimismo quedó a medio realizar la transformación del Campo de Marte en un recinto destinado a reunir a diversas instituciones (Universidad, Archivos, Aduanas, Escuela de Bellas Artes, cuarteles del ejército), un proyecto decidido en 1812 y abandonado en 1813. A pesar de ello, el amplio espacio del Campo de Marte con las edificaciones ya existentes entonces fue escenario de diversas ceremonias y manifestaciones de exaltación del régimen napoleónico y de los valores militares que constituían parte de su esencia, siguiendo la tradición de las celebraciones republicanas iniciadas durante la Revolución. También la idea de crear un nuevo espacio en Chaillot, con residencia para el heredero real, en la otra orilla del Sena frente al Campo de Marte, entonces en las afueras de París, fue abandonada tras la retirada de Rusia.

Pero no hay que menospreciar la huella dejada en el París monumental actual por la época napoleónica. Quien se sitúe en la plaza de la Concorde puede contemplar, mirando al sur, la fachada de la actual Asamblea Nacional que Napoleón hizo adosar (1803-07) al antiguo Palais-Bourbon, un edificio del siglo XVIII que sirvió de sede del Consejo de los Quinientos durante el tramo final del Directorio (1798-99). Su estructura en forma de templo griego armoniza con el templo de la Madeleine, en el lado opuesto. Desde la misma plaza, al oeste se divisa en la lejanía el arco de la Estrella y al este el del Carrusel, los arcos triunfales napoleónicos que comentaremos más adelante y que siguen siendo referencias del París actual. La plaza era, desde su construcción entre las décadas de 1750 y 1770, uno de los puntos centrales del París moderno. Contenía inicialmente una estatua ecuestre en bronce de Luis XV, el monarca que dio nombre a la plaza, elevada sobre un pedestal. La estatua fue derribada en 1792 (en su lugar se colocaría en 1793 la efigie de la libertad, presente hasta 1800) y la plaza pasó entonces a llamarse plaza de la Revolución y a albergar la guillotina que segó las cabezas de monarcas, nobles y revolucionarios. El nombre actual, Concordia, lo recibió por primera vez en 1795, aunque a lo largo de su agitada historia todavía cambiaría varias veces de denominación antes de recuperar esta última. La eliminación del nombre revolucionario dado a la plaza en 1792 y de la estatua de escayola representado a la libertad fueron anticipos de los cambios en el callejero introducidos por el régimen napoleónico, que en las revisiones de 1804 y 1806 suprimió los nombres más explícitamente evocadores de una época que el nuevo poder pretendía dar por superada.

Parte de las obras que se realizaron durante los años del Consulado (1799-1804) y del Imperio (1804-15) tuvieron como objetivo principal sanear la ciudad, asegurar y reglamentar su aprovisionamiento e introducir elementos de racionalidad administrativa, control y seguridad. Dentro de este apartado pueden incluirse los trabajos de captación, canalización y distribución de agua, la construcción de aceras, alcantarillado, mejora de la iluminación, establecimiento de un sistema de numeración de las calles, creación de



mercados centrales y nuevo trazado de algunas arterias. Eran actuaciones que, en buena medida, continuaban la labor iniciada en el último medio siglo.

Para facilitar la navegación y el acceso al agua potable procedente de otros ríos, se abrieron los canales de Ourcq y de Saint-Martin –ambos acabados durante la Restauración– y se dotó a la ciudad de numerosas fuentes, que en parte aprovecharon las mayores posibilidades de abastecimiento que ofrecía el nuevo canal de Ourcq, cuya apertura se inició en 1802 y cuyas aguas alimentaban desde 1808 el estanque de la Villette, en el noreste de la ciudad. Alguna de las nuevas fuentes tenía carácter monumental, como la de la plaza du Châtelet (1808), erigida sobre el espacio dejado por la demolición durante la Revolución de la fortaleza y prisión del Grand-Châtelet, que combinaba la fuente con una columna de 22 metros de alto, en cuyo fuste estaban grabados los nombres de las victorias napoleónicas, rematada por una estatua de la Victoria. La fuente con la columna fue ligeramente desplazada de posición en 1858 para facilitar la apertura del boulevard Sebastopol. En otro de los espacios emblemáticos liberado por la Revolución, el área ocupada por la Bastilla, se proyectó una nueva fuente monumental, en forma de elefante, que no llegó a construirse. Ornamentales o eminentemente prácticas, el número de fuentes creció a lo largo del periodo napoleónico: existían 55 en 1800, a las que se añadieron 15 más hasta el final del Imperio, impulsadas por un decreto aprobado en 1806⁷. Bastantes de estas fuentes han desaparecido. La realización de aceras en las calles, un elemento indispensable para la comodidad del peatón y la limpieza y saneamiento de las vías, apenas si se había acometido antes del régimen napoleónico (la primera calle en disponer de ellas fue la del Odéon, en 1781) y éste solamente las construyó en un número limitado de calles, sobre todo en zonas acomodadas. El alcantarillado, que en su mayor parte databa del siglo XVII, era del todo insuficiente para drenar las aguas residuales, pero excepto en las calles de reciente creación poco se hizo en este terreno. Que las cosas no habían mejorado significativamente al término del periodo napoleónico nos lo muestra la persistencia del uso de tablas para cruzar las calles, con el consabido peaje. París distaba de ser todavía la “ciudad de la luz”, aunque en época napoleónica el alumbrado nocturno siguió mejorando, una cuestión que se consideraba esencial para el control policial y la prevención de la delincuencia, pero no fue hasta más allá de 1820 cuando comenzaron a implantarse las más modernas lámparas de gas. Aunque se habían realizado algunos intentos de numeración de las calles y edificios a lo largo del siglo XVIII y la Asamblea Constituyente aplicó en 1790 su propio sistema, fue en 1805 cuando se establecieron las bases de la actual numeración: una única serie correlativa por calle, un único número por casa, par o impar según el lado de la calle, en sentido ascendente siguiendo el curso del río en las calles paralelas a él y hacía el exterior del río en las calles perpendiculares al Sena.

Todo lo relativo a la política de aprovisionamiento de París fue puesto bajo la dependencia del Ministerio del Interior, bajo cuya iniciativa se establecieron mercados centrales (de granos, vinos, flores o tejidos) y de venta al público y mataderos municipales, a fin de asegurar el abastecimiento de la ciudad y reglamentar unas actividades cuya proliferación incontrolada en el casco urbano las hacía molestas e insalubres. Los múltiples puestos de venta de comestibles instalados en calles y plazas, que habían sido ya objeto de reiteradas prohibiciones y de acoso policial durante las décadas anteriores, fueron ahora eliminados con mayor eficacia, sustituidos por

⁷ Alfred Fierro, *La vie des Parisiens sous Napoléon*, París, Napoléon Ier éditions, 2003, p. 41.

mercados bajo techado. Uno de estos mercados se estableció sobre el emplazamiento del antiguo convento de los Jacobinos, en la calle Saint-Honoré, que durante la Revolución había albergado a su vez el club de los Jacobinos. Pero no se llegó a materializar el deseo napoleónico expresado en 1811 de reconstruir por completo en el mismo emplazamiento el mercado central, aunque Les Halles, el “vientre de París”, siguió cumpliendo esta función durante muchas décadas, con sucesivas ampliaciones⁸. Los nuevos mataderos municipales, en número de cinco y situados todos ellos a las afueras de París, recibieron el monopolio del sacrificio de los animales para su posterior distribución por las carnicerías de la ciudad (1810), con lo que se separó el sacrificio del ganado de su venta al por menor⁹. El cierre de los cementerios del interior de la ciudad respondía a las preocupaciones higienistas de la Ilustración y ya había sido decidido durante el reinado de Luis XVI, pero la medida solamente se había cumplido con el más grande de ellos, el de los Inocentes, cerca de Les Halles, que recibía 2.000 nuevos cuerpos cada año. Con su clausura (1780) comenzaron a faltar lugares de enterramiento, por lo que el régimen napoleónico tuvo que afrontar el problema. Se acordó la creación de cuatro cementerios situados en los cuatro puntos cardinales fuera del recinto de París, de los cuales solamente el del este (Père-Lachaise) estuvo abierto a partir de 1804, año en el que se reiteró la prohibición de inhumación en los cementerios interiores así como en iglesias, conventos y monasterios¹⁰. Al mismo tiempo, se continuó con el traslado, iniciado poco antes de la Revolución, de los antiguos osarios del interior de la ciudad a unas canteras subterráneas abandonadas, en lo que hoy se conoce como catacumbas de París, no lejos del cementerio de Montparnasse.

La apertura de nuevas calles para esponjar el denso centro de París se realizó a una escala bastante modesta, en nada comparable a la gran reforma acometida en el Segundo Imperio, y que continuaba los esfuerzos de regeneración del casco antiguo que se venían realizando desde poco antes de la Revolución, auspiciados por la creencia médica en la necesidad de espacios abiertos para airear la ciudad. Lo más notable fue el trazado de una arteria paralela al Louvre, la *rue de Rivoli*, nombre que recordaba una de las victorias napoleónicas en la primera campaña de Italia. La calle, que retomaba diversos proyectos de urbanización de la orilla derecha del Sena elaborados en la segunda mitad del siglo XVIII, atravesaba una parte del centro de la ciudad de oeste a este. Comenzó a abrirse en 1802 y fue pavimentada en 1804, con ocasión de la consagración de Bonaparte como emperador. Se construyó amplia y rectilínea, de acuerdo con unas pautas regulares, con edificios de piedra de idéntica altura con arcadas en sus bajos y porte distinguido, a tono con la magnificencia del área adyacente, los jardines y palacio de las Tullerías y el Louvre. Al término del Imperio todavía no estaba finalizado el tramo proyectado, que se completó durante la Restauración y se alargó posteriormente hacia el este hasta alcanzar en la actualidad casi tres kilómetros. El propio Louvre, transformado en museo durante la Revolución (1793), fue rebautizado como museo Napoleón (1803) y agrandado con una ala septentrional para recibir las obras que, provenientes del expolio de los territorios europeos conquistados y sometidos, hicieron del Louvre un gigantesco museo, en cuyo *Salon carré* tenían lugar



⁸ Victoria E. Thompson, “Urban renovation, moral regeneration: domesticating the *Halles* in Second-Empire Paris“, *French Historical Studies*, vol. 20, 1 (1997), pp. 87-109.

⁹ Roger Horowitz, Jeffrey M. Pilcher y Sydney Watts, “Meat for the multitudes: market culture in Paris, New York City, and Mexico City over the long nineteenth century“, *American Historical Review*, vol. 109, 4 (2004), pp. 1055-1083

¹⁰ Karine Huguenaud, *Balades napoléoniennes dans Paris. Consulat et Premier Empire*, París, Nouveau Monde, 2006, p. 132.

las presentaciones de las obras de los pintores de la época, primero con una periodicidad anual y a partir de 1802 cada dos años. El acceso, gratuito en ambos casos, dio lugar a que por vez primera las obras de arte estuvieran accesibles a un público amplio, que superó los cien mil visitantes en el Salón de 1810¹¹. Al término del Imperio, unas 5.000 piezas artísticas retornaron a los países de procedencia.

También a medio camino entre el carácter utilitario y monumental, se trazaron cuatro nuevos puentes sobre el Sena, todos ellos de peaje: el de las Artes (1801-04), la primera construcción metálica existente en Francia (rehecho en la actualidad), que unía ambas orillas del Sena entre l'Institut (antigua capilla del siglo XVII, desde 1805 sede de las Academias francesas) y el Louvre, de uso peatonal a partir de 1816; el puente de Austerlitz (1802-1807), al este, a la altura del antiguo Jardin des Plantes, que no resistió el paso del tiempo y tuvo que ser reforzado en 1854 y ampliado en 1884-1885; el puente de la Cité (1803), en madera, que unía la isla de la Cité con la isla de Saint-Louis, pero que ya se encontraba en estado ruinoso al comienzo de la Restauración y fue reemplazado por un puente metálico en 1862; y el puente de Iena, también recordatorio de un triunfo de la *Grande Armée*, en piedra (1808-1814), pensado para conectar las que tendrían que haber sido dos grandes áreas del París napoleónico, el Campo de Marte y la colina de Chaillot. La colina fue posteriormente urbanizada para servir de acogida a la Exposición Universal de 1878, con el Trocadéro como edificio más significativo. En 1937 se amplió el puente, a la vez que se sustituía el Trocadéro por el actual Palais Chaillot, construido con motivo de una nueva exposición en aquel año. Además de los nuevos puentes que mejoraron la comunicación interior de la ciudad y su conexión con el área circundante, se construyeron dos kilómetros de muelles (1802-1813) para intentar evitar la repetición de las terribles inundaciones de 1801-1802.

Las construcciones monumentales, dedicadas a ensalzar los triunfos militares y a través de ellos los éxitos del régimen y de su máximo representante, así como a hacer de París la nueva Roma, una capital a la altura del gran Imperio, son los elementos más reconocibles de la época napoleónica. Son un ejemplo de la utilización del arte al servicio del poder, del que fue maestro el régimen napoleónico, y que no se redujo solamente a la pintura, aunque fuese ésta la disciplina más mimada. Las obras se realizaron con fondos provenientes de partidas especiales del Estado, para no gravar a la población de París. Los monumentos conmemorativos de mayor entidad fueron los arcos de Triunfo del Carrusel y de la Estrella y la columna Vendôme. El *Arc du Carrousel* se construyó (1806-1808) en el espacio comprendido entre los actuales jardines de las Tullerías y el Louvre, muy próximo a donde entonces se hallaba el palacio de las Tullerías, para celebrar la victoriosa campaña de 1805, a imitación del arco romano de Septimio Severo, con motivos alusivos a ella en sus bajorrelieves; sobre el arco se instalaron cuatro caballos de bronce hechos traer de la basílica de San Marcos de Venecia, en un acto revelador de la jerarquía imperial correspondiente a París. La cuadriga original se restituyó a Venecia en 1815. El *Arc de l'Etoile*, de mayores dimensiones, fue hecho construir por Napoleón en 1806 (el 15 de agosto, fecha de su cumpleaños, se puso la primera piedra) para exaltar a la manera romana su *Grande Armée* y sus triunfos militares. La monumentalidad del edificio aconsejó un emplazamiento exento de edificaciones próximas y por ello se escogió la barrera de l'Etoile, al final de la avenida de los Campos Elíseos, lo que garantizaba su visibilidad desde las Tullerías. En 1810 se dispuso sobre el lugar una maqueta de tamaño natural

¹¹ Alfred Fierro, *op. cit.*, p. 314.

que sirvió de entrada a París al emperador y a su esposa María Luisa el día de su matrimonio. La crisis de 1812 paralizó las obras, que apenas habían alcanzado los 20 metros de altura a la caída del régimen. El proyecto se reanudó durante la Restauración, cambiando la inicial idea de glorificación de los éxitos militares napoleónicos por la de la conmemoración de la expedición de los Cien Mil hijos de San Luis que ayudó a restablecer el absolutismo en España (1823). Fue tras la revolución de julio de 1830 cuando adquirió el perfil definitivo, al asumir el régimen monárquico orleanista la herencia napoleónica procurando al mismo tiempo neutralizarla. Su inauguración tuvo lugar en 1836, una vez completados los grupos escultóricos y los bajorrelieves que lo adornan y dotan de sentido simbólico. Entre los cuatro grandes grupos destaca el esculpido por François Rude, dedicado a la partida de los soldados voluntarios en defensa de la República, una exaltación de la virtud cívica del servicio a la patria con las armas y, por tanto, una implícita defensa de la conscripción. Los bajorrelieves e inscripciones que completan la decoración del arco tienen también tonos épicos, con las batallas revolucionarias y, sobre todo, napoleónicas, como protagonistas. El 15 de diciembre de 1840 los restos del Emperador procedentes de Santa Elena recibieron honores en el arco de l'Etoile antes de su traslado en olor de multitud a los Inválidos. La inhumación, en 1921, de un soldado de la Primera Guerra Mundial bajo el arco acabó con la vocación triunfal del monumento, convirtiendo el lugar en altar sacrificial, tumba del soldado desconocido donde rendir homenaje a todos los caídos por la patria¹².

La columna Vendôme se inició en 1806, sobre el pedestal en el que hasta la Revolución se alzaba una estatua ecuestre de Luis XIV, para conmemorar la victoria de Austerlitz (1805), y fue inaugurada cuatro años más tarde el día de la celebración de la festividad imperial (15 de agosto). A lo largo de las 425 placas de bronce que recubren en espiral su superficie, desarrolla los hechos de armas de aquella campaña, siguiendo el modelo de la Columna Trajana de Roma. La corona una estatua de bronce del Emperador, vestido a la romana. Para los relieves de bronce se aprovechó el metal fundido de los cañones tomados a austriacos y rusos. Junto a estos nuevos monumentos simbólicos, el régimen asignó a edificios ya existentes funciones de carácter ritual o conmemorativo. Así sucedió con los Inválidos, que además de servir de hospital y hogar de veteranos de guerra se utilizó para la ceremonia de entrega de la Legión de honor en 1804. Con el tiempo, allí encontrarían reposo definitivo los restos de Napoleón (diciembre de 1840), trasladados desde la isla de Santa Elena. También ocurrió con el Panteón, el edificio neoclásico destinado a iglesia y convertido desde la Revolución en lugar de enterramiento de personalidades distinguidas, que durante la época napoleónica recibió los cuerpos de varias docenas de senadores, generales, ministros y cardenales. Su reconversión en lugar de culto, decidida por la Restauración, junto al citado carácter expiatorio del templo de la Madeleine y la retirada de la estatua de Napoleón de la columna Vendôme constituyen, en compañía de los nuevos cambios en el callejero de París, muestras de la lucha por los símbolos de la memoria emprendida por la monarquía borbónica retornada al poder¹³. La historia, como sabemos, tampoco iba a detenerse aquí, pues al Panteón irían a parar los restos de Napoleón, y las peripecias experimentadas por la estatua napoleónica de la plaza Vendôme nos pueden servir de



13

¹² Daniel Rabreau, "Deux détournements de sens, de la gloire au sacrifice: l'Arc de Triomphe de l'Étoile et le haut-relief de Rude", *Champ Psychosomatique*, 28 (2002), pp. 129-146.

¹³ Emmanuel Fureix, "La ville coupable. L'effacement des traces de la capitale révolutionnaire dans le Paris de la Restauration, 1814-1830", Christophe Charle y Daniel Roche (dirs.), *Capitales culturelles. Capitales symboliques. Paris et les expériences européennes*, París, Publications de la Sorbonne, 2002, pp. 25-43.

ejemplo: había sido retirada en 1814, al entrar las tropas aliadas en París, y fue fundida en 1818. En 1833 se instaló una nueva estatua de Napoleón en lo alto de la columna, reemplazada a su vez en el Segundo Imperio por una copia de la estatua original. Estatua y columna fueron abatidas durante la Comuna (1871), por considerar los *communards* que eran un monumento a la fuerza bruta, un símbolo del militarismo y un atentado contra la fraternidad republicana. En 1873, a poco del advenimiento de la III República, se decidió la reconstrucción de la columna con la estatua, en la forma en que actualmente ambas pueden verse.

A la caída definitiva de Napoleón (1815) París era en algunos aspectos una ciudad bien diferente a la que había conocido Bonaparte en los inicios de su carrera. La población había crecido hasta superar los 700.000 habitantes (el censo de 1817 le asignaba 714.000), una cifra superior a la de cualquier otro momento de su historia. Era, por tanto, una ciudad con una densidad mayor que la existente en la época prerrevolucionaria, aunque muy desigualmente distribuida, pues se acumulaba en los distritos centrales. La inmigración contribuía, como lo había hecho en el pasado y lo seguiría haciendo en las décadas sucesivas, de forma decisiva al crecimiento de la ciudad, debido a la alta mortalidad que se producía entre los parisinos, mortalidad causada por las deficientes condiciones sanitarias en una aglomeración de aquellas características, mucho más que por las pérdidas militares de las campañas napoleónicas. También estaba cambiando la composición sociolaboral de la ciudad, con la disminución del peso del sector artesanal, y sobre todo con la pérdida de la protección que ofrecían los gremios a sus integrantes, y con la mayor presencia de trabajadores de fábrica, en relación con el impulso recibido por las actividades industriales ligadas a las necesidades del ejército y a la sustitución de manufacturas británicas. Eran fenómenos que facilitarían, en el futuro, el desarrollo de una más clara división entre los intereses del capital y el trabajo y la formación de una clase trabajadora más homogénea y solidaria. Simultáneamente, se afirmaban la presencia de los grupos vinculados a las antiguas y nuevas formas de riqueza y poder –la tierra, los negocios, la industria y la participación en puestos de relevancia en el gobierno, el ejército y en la administración civil–, por lo que la sociedad resultante estaba más polarizada que en la época de la Revolución, una tendencia que se acentuaría en años venideros y que tendría su reflejo en la creciente segregación residencial. Pero, dicho todo esto, tampoco pueden subestimarse los niveles de cohesión social y de capacidad de integración del flujo migratorio que proporcionaba la ciudad, ni exagerarse las dosis de marginalidad, delincuencia, hacinamiento y mortalidad que esperaban al aluvión de nuevos inmigrantes. El París que se iniciaba en 1815 no era tan distinto al de décadas anteriores, también con altos porcentajes de inmigración, y a la población acomodada de la época no le resultaban tan extrañas y hostiles aquellas “classes dangereuses” estudiadas por Chevalier hace medio siglo¹⁴, al menos antes de que las jornadas revolucionarias de julio de 1830 y la epidemia de cólera de 1832 hicieran aflorar el peligro.

14

¹⁴ Barrie M. Ratcliffe, “Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle?: the Chevalier thesis reexamined”, *French Historical Studies*, vol 17, 2 (1991), pp. 542-574.